

LA ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR (A)
LA GRAN COMISIÓN
Mayo 20/21, 2023

No es fácil separarse de un ser querido en la mayoría de los casos y especialmente cuando ya no verás a la persona. Esta fue la experiencia de los discípulos con Jesús. Aunque Jesús les dijo varias veces que tenía que dejarlos, no fue fácil para ellos aceptarlo y los entristeció, por lo que les dijo: "No les dije esto desde el principio, porque estaba con ustedes; pero ahora voy al que me envió... Aún así, te estoy diciendo la verdad; es por tu propio bien que yo me vaya, porque a menos que yo vaya, el Paráclito no vendrá a ti; pero si me voy, os lo enviaré» (Jn 16, 4b-7).

Después de la resurrección, los discípulos estaban felices de que su Maestro hubiera regresado a la vida y había alegría y esperanza renovada. Jesús pasó cuarenta días apareciéndose a sus discípulos para asegurarles que estaba vivo, un largo período para probar que realmente estaba vivo. Dejarlos de nuevo trajo tristeza y una gran decepción. Los apóstoles habían esperado que el reino prometido fuera restaurado en ese momento, así que preguntaron: "Señor, ¿vas a restaurar el reino a Israel en este momento?" Pero Jesús tenía una idea diferente acerca de la venida del reino. Su reino es celestial, no terrenal, y se trata de la salvación de las almas.

Antes de que Jesús ascendiera al cielo, les hizo saber a los discípulos lo que se suponía que debían hacer. Debían continuar con Su obra. Debían esperar el derramamiento del Espíritu Santo, la promesa que Él les hizo varias veces cuando estuvo con ellos. Ellos debían ser Sus testigos hasta los confines del mundo, y era el Espíritu Santo quien los capacitaría para hacerlo. Debían hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre de la Trinidad. Debían enseñar a la gente a observar todo lo que Él les había mandado.

La resurrección y la ascensión nos revelan el poder de Dios, y Su poder para nosotros que creemos. La ascensión no es una deserción del Señor, sino para capacitarnos para ser Sus testigos y dar a conocer el poder y el amor de Dios al mundo. Por eso San Pablo oró por la Iglesia en Éfeso para que los ojos de sus

mentes y corazones se abrieran para que conocieran y entendieran el poder que habían recibido de Dios a través del Espíritu Santo. Y también, la riqueza de Su gloria en Su herencia entre los creyentes. La ascensión del Señor Jesús es también nuestra esperanza de que la puerta celestial está abierta. También es para recordarnos que donde esté el Maestro, nosotros también estaremos. Pero antes de ir a Él, tenemos que evangelizar al mundo. Debemos hacerle saber que Él es el Salvador del mundo y sin Él no podemos hacer nada.

Después de cada Misa somos enviados a glorificar a Dios con nuestras vidas. Este es un recordatorio de la gran comisión dada a los seguidores de Cristo de hacer discípulos a todas las naciones. "Los apóstoles salieron y predicaron por todas partes, mientras el Señor trabajaba con ellos y confirmaba la palabra con las señales que la acompañaban" (Mc 16,20). Jesús no los dejó huérfanos como había prometido.

Tú y yo hemos sido comisionados para hacer lo que a los apóstoles se les dijo que hicieran. Nadie está exento. Preguntémonos qué hacemos después de la Misa cuando vamos a casa para mostrar que hemos sido enviados a evangelizar. Muchos de nosotros no creemos que sea parte de nuestra obligación cristiana compartir el mensaje que escuchamos en la Misa con los demás, especialmente con aquellos con los que vivimos y con los que entramos en contacto todos los días.

No es necesario pasar de la predicación de casa en casa, como lo hacen otros, pero hay muchas maneras en que podemos proclamar la palabra de Dios y hacer que las personas conozcan nuestra fe en el Señor resucitado. Mi sonrisa, mi dedicación al trabajo, mi charla amistosa con alguien, mis palabras de aliento y la paciencia al escuchar a alguien en apuros pueden volver el corazón de alguien al Señor. ¿Soy consciente de llevar a la gente al Señor, o no me importa lo que hago como cristiano?